

Ella asintió en silencio.

—¡Y cuánto sufrimos también entonces! —añadió.

Ahora fue el turno de Jean Paul de asentir.

—Entonces fue cuando te perdí. A Alicia y a ti a la vez, en un par de días.

—Yo también lo perdí todo —dijo Helena con voz estrangulada—. ¡Agh! No tendría que haber venido.

Se puso en pie de golpe y Jean Paul tendió la mano hacia ella pensando que iba a marcharse.

—No, no te preocupes, no me voy aún. Es solo que no me gusta esto, que no tengo costumbre de hablar del pasado así, con alguien que sabe de qué hablo.

—¿Y con alguien que no sabe?

Helena se encogió de hombros.

—Con alguien que no sabe es más fácil. La única versión que vale es la que tú misma das. No se puede contrastar con la de otro. Y cuando todos han muerto, la historia es solo tuya. Narrar recuerdos, cuando no hay más que un narrador, es escribir ficción. El pasado se inventa, tú lo sabes.

—A veces sí. Para poder seguir adelante.

Callaron durante unos largos segundos. Helena se acercó a la ventana y corrió un poco la cortina para bajar la intensidad de la luz. Aún de espaldas, oyó la voz de Jean Paul.

—¿Hay alguien en tu vida?

—¡Qué forma más peliculera de preguntar, Yannick! Sí, claro que sí. Tú sabes que en mi vida siempre hay alguien. No soy capaz de estar sola, no me aguanto a mí misma.

—¿Quién es?

—Carlos. No, de hecho se llama Charles St. Cyr, pero todo el mundo lo llama Carlos porque de joven era buen guitarrista y lo llamaban así por Carlos Santana. Es australiano, de madre española y padre británico, editor especializado en cosas raras. Un gran tipo que me quiere de verdad.

—Eres una mujer afortunada.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Tienes pareja?

—No. Hace mucho que no. La madre de Luc murió hace doce años. Desde entonces no ha habido nada serio y la verdad es que lo prefiero así. Siempre he sido un tipo difícil, tú lo sabes, y tengo bastante con la empresa y el jardín. Más que bastante, tengo demasiado.

Los dos callaron durante un par de minutos. Se miraban a los ojos, pero en silencio, diciéndose mucho más de lo que habrían podido poner en palabras. El azul de los ojos de Yannick seguía siendo un fiordo donde perderse, a pesar de las cuencas oscuras que se habían tragado aquellos maravillosos ojos de su juventud.

—Si no me encontrara tan mal, me encantaría ir contigo a Rabat, enseñarte La Mora —dijo Jean Paul por fin—. No tienes ni idea de lo preciosa que está. He tratado de respetar el pasado pero añadiendo cosas en cada momento del presente, para el futuro. Te gustará cuando la veas.

—No sé si llegaré a verla, Yannick.

Jean Paul la miró otra vez fijamente. Una mirada tan intensa que la obligó a desviar la vista.

—¿Tienes miedo de volver?

Ella asintió.

—Llevo más de cuarenta años tratando de olvidar lo que pasó. Volver es lo más idiota que podría hacer.

—¿Y por qué estás aquí?

—Buena pregunta. Ni yo misma lo sé.

Pensó por un segundo contarle lo de la constelación, incluso algunos detalles que no le había contado ni siquiera a Carlos, pero tenía la sensación de que sería peor, y de que no podía estar segura de que Jean Paul, el Jean Paul que ahora la miraba desde los ojos azules hundidos en aquellas ojeras